

Selección
MAESTROS DEL PENSAMIENTO
CONTEMPORÁNEO

Director de la edición inglesa: Frank Kermode
Director de la edición castellana: Jaccho Niño

Titulos publicados

- | | |
|-----------------|----------------------|
| 1. LUKÁCS | George Lichtheim |
| 2. CAMUS | Conor Cruise O'Brien |
| 3. McLuhan | Jonathan Miller |
| 4. GUEVARA | Andrew Sinclair |
| 5. WITTGENSTEIN | David Pears |
| 6. GANDHI | George Woodcock |
| 7. FREUD | Richard Wollheim |
| 8. REICH | Charles Rycroft |
| 9. LENIN | Robert Conquest |
| 10. RUSSELL | A. J. Ayer |
| 11. JOYCE | John Gress |
| 12. JUNG | Anthony Storr |
| 13. CHOMSKY | John Lyons |

En preparación

- | | |
|--------------|--------------------|
| POPPER | Bryan Magee |
| ARTAUD | J. W. Lambert |
| ELIOT | Stephen Spender |
| FANON | David Cauté |
| FULLER | Allan Temko |
| KAFKA | Stanley Cavell |
| HEIDEGGER | Erich Heller |
| LAWRENCE | Frank Kermode |
| LÉVI-STRAUSS | Edmund Leach |
| MAILER | Richard Poirier |
| MANN | Lionel Trilling |
| MARCUSE | Alasdair MacIntyre |
| ORWELL | Raymond Williams |
| SCHOENBERG | Charles Rosen |
| SHERINGTON | Jonathan Miller |
| TROTSKI | Philip Rahv |
| WEBER | Donald MacRae |
| YEATS | Denis Donoghue |
- Y otros

JOHN LYONS

7.1.9.3

9
CHOMSKY

"MAESTROS DEL PENSAMIENTO
CONTEMPORÁNEO"

13

EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F.
1974

I. INTRODUCCIÓN

La línea chomskyana no es la única vigente en la lingüística actual, pero probablemente carece de antecedentes en la historia entera de la misma. Su primer libro, publicado en 1957, aunque breve y poco técnico, revolucionó el estudio científico del lenguaje; ahora, a los 42 años de edad, habla de todos los aspectos de la teoría gramatical con indiscutible autoridad. Esto no quiere decir, por supuesto, que todos los lingüistas, o su mayor parte, hayan aceptado la teoría de la gramática transformacional presentada por Chomsky hace unos catorce años en *Syntactic Structures*. En absoluto. Actualmente existen por los menos tantas "escuelas" de lingüística como las que había antes de la "revolución chomskyana". Pero la escuela "transformacional" o "chomskyana", no puede ser considerada como una escuela más entre muchas. Acertada o no, la teoría gramatical de Chomsky es, sin duda, la más dinámica e influyente y ningún lingüista que desee estar al día en el desarrollo de su materia puede permitirse ignorar las opiniones teóricas de Chomsky. Ocurre, además, que las restantes "escuelas" lingüísticas tienden a definir sus posiciones por contraste con los puntos de vista sustentados por Chomsky a propósito de tales o cuales extremos.

Y, sin embargo, no ha sido su prestigio entre los lingüistas, ni el rango que se le reconoce, lo que ha

venido a convertirle en un "maestro del pensamiento contemporáneo". A decir verdad, la lingüística teórica es una materia bastante esotérica, de la que muy pocos habían oído hablar y aún menos sabían algo concreto hasta hace no demasiado tiempo. Que ahora se reconozca ampliamente como una rama de la ciencia digna de ser cultivada no sólo en atención a su interés intrínseco, sino también por lo que puede aportar a otras disciplinas, es, hasta cierto punto, un hecho debido a Chomsky. En más de un millar se calculan los universitarios y profesores que asistieron a las conferencias sobre filosofía del lenguaje y de la mente que pronunció en la Universidad de Oxford durante el verano de 1969.

De sus oyentes bien pocos eran lingüistas, pero es de suponer que todos ellos alentaban o estaban a punto de alentar la convicción de que el esfuerzo intelectual necesario para seguir el discurso de Chomsky —en ocasiones harto técnico—, era digno de hacerse. De estas conferencias llegó incluso a dar noticia detallada la prensa.

El lector aún no familiarizado con la obra de Chomsky estará, quizá, preguntándose por el tipo de relación que aquí se postula entre un campo de estudio tan especializado como la gramática transformacional y el constituido por materias como la psicología y la filosofía, mejor conocidas y de relevancia evidente. Esta es una cuestión que discutiremos con algún detalle en los últimos capítulos del libro. Pero acaso convenga esbozar ahora una respuesta de alcance más general.

Se ha sugerido a menudo que lo que más claramente diferencia al hombre de cualquier otra especie animal no es su facultad intelectual o la inteligencia, como el difundido rótulo zoológico "homo sapiens" acostumbra a indicar, sino su capacidad lingüística. En efecto, filósofos y psicólogos han debatido largo

tiempo la cuestión de si el pensamiento puede resultar concebible de otro modo que "corporeizado" en el lenguaje hablado o en la escritura. De una u otra manera, es obvio que al lenguaje le corresponde una importancia vital en los más diversos aspectos de la actividad humana y que, sin el lenguaje, sólo serían posibles las comunicaciones más rudimentarias. Dando por supuesto que el lenguaje es esencial para la vida humana, tal y como ésta nos es conocida, nada más natural que preguntarse por lo que su estudio puede aportar a nuestro conocimiento de la naturaleza del hombre.

Pero ¿qué es el lenguaje? Esta es una pregunta que poca gente atina a hacerse. En cierto sentido, sin duda, todos sabemos lo que queremos decir con "lenguaje", y nuestro uso de la palabra en la conversación cotidiana obedece al hecho de que como ocurre con muchas otras palabras, todos la interpretamos de manera idéntica o, en todo caso, muy similar. No es posible, de todos modos, equiparar esta especie de conocimiento inmediato y práctico de lo que es el lenguaje a esa comprensión más sistemática y profunda del mismo que podríamos llamar "científica". Como veremos en los capítulos siguientes, el objetivo de la lingüística teórica es responder científicamente a la pregunta "¿Qué es el lenguaje?" y de este modo procurar armas a filósofos y psicólogos en sus discusiones en torno a la relación existente entre lenguaje y pensamiento.

El sistema de la gramática transformacional de Chomsky fue desarrollado, como veremos, para dar una descripción matemáticamente precisa de algunas de las características más sorprendentes del lenguaje. Particular importancia tiene, al respecto, la habilidad de los niños para derivar las regularidades estructurales de su lengua nativa —es decir, sus reglas gramaticales— de las expresiones de sus padres y de aquéllos

con quienes conviven y *usar* estas mismas regularidades en la construcción de expresiones jamás oídas anteriormente por ellos. Chomsky ha sostenido, en sus publicaciones más recientes, que los principios generales determinantes de la forma de las reglas gramaticales en lenguas¹ particulares, tales como el inglés, turco o chino, son comunes, en grado considerable, a todas las lenguas humanas. Ha afirmado, además, que los principios subyacentes a la estructura del lenguaje son tan específicos y de articulación tan profunda que hay que considerarlos como biológicamente determinados, es decir, como parte constitutiva de lo que llamamos "naturaleza humana" y, en consecuencia, transmitidos por vía genética de padres a hijos. Si esto es así, y si, como Chomsky sostiene, la gramática transformacional es, efectivamente, la mejor teoría desarrollada hasta el momento con vistas a la descripción y explicación sistemática de la estructura del lenguaje humano, nada más evidente que la importancia —realmente básica— que la comprensión de la gramática transformacional tendrá para cualquier filósofo, psicólogo o biólogo interesado por el fenómeno de la capacidad lingüística del hombre.

La significación de la obra de Chomsky para disciplinas no asimilables a la lingüística hunde, pues, sus raíces en la importancia reconocida al lenguaje en el conjunto de las actividades humanas y en la relación —peculiarmente íntima— que, según se afirma, existe entre la estructura del lenguaje y las operaciones o propiedades innatas de la mente. Pero el lenguaje no es la única "conducta" compleja en la que el ser humano viene implicado; y existe la posibilidad, al menos, de que otras formas de actividad típicamente humana (incluyendo quizá ciertos aspectos de lo que llamamos "creación artística") resulten susceptibles de descripción dentro del marco de unos sistemas matemáticos especialmente contruidos, análogos a la gra-

mática transformacional o, incluso, basados en la misma. Así lo creen, al menos, muchos estudiosos e investigadores actuales de las ciencias sociales, que ven en la formalización chomskyana de la teoría gramatical un modelo y una pauta.

Después de lo dicho en los últimos párrafos, no hará falta subrayar que la influencia de Chomsky resulta actualmente rastreable en muchas y variadas disciplinas. Hasta el momento, sin embargo, el estudio del lenguaje ha sido el más profundamente afectado por la "revolución chomskyana"; dándose, además, el caso de que es precisamente de la investigación en curso acerca de la estructura gramatical del inglés de donde Chomsky extrae la mayor parte de sus opiniones filosóficas y psicológicas de alcance más general. De ahí que en el presente volumen dediquemos una atención preferente al trasfondo lingüístico del pensamiento de Chomsky.

El renombre y popularidad de que actualmente goza no se deben, por otra parte, de manera exclusiva —y quizá ni siquiera principal— a su labor en el campo lingüístico o la influencia de éste en otras disciplinas. En los últimos años Chomsky se ha dado a conocer como uno de los críticos más abiertos y lúcidos de la política americana en el Vietnam, un "héroe de la Nueva Izquierda", que se ha arriesgado a sufrir prisión por el impago de la mitad de sus impuestos y ha prestado su apoyo a los jóvenes que se negaban a cumplir el servicio militar en el Vietnam. La actual notoriedad política de Chomsky, sobre todo en los Estados Unidos, apenas puede ser discutida. Poca gente habrá leído, de todos modos, los extensos y eruditos ensayos con que dio a conocer esta faceta de su personalidad en *Liberation*, *Ramparts* y *The New York Review of Books* (ahora reunidos con material nuevo y reeditados bajo el rótulo de *American Power and the New Mandarins*). Ello no impide, sin embargo,

que el contenido general de los mismos sea ampliamente conocido: su censura del "imperialismo" americano y de aquellos asesores universitarios del Gobierno de los EE. UU. que dándoselas de "expertos" en un campo en el que no hay nada parecido a una pericia científica y en el que las reglas morales de tipo general deberían haber prevalecido, han ayudado, culpablemente, a engañar al público sobre el carácter de la guerra del Vietnam, de la intromisión americana en Cuba y otros extremos.

Aunque este libro trata principalmente de los puntos de vista de Chomsky en materia de lingüística, no estará de más subrayar, desde un principio, que, como se verá enseguida, su teoría del lenguaje y su filosofía política forman, en cierto modo, un continuo. En los próximos capítulos veremos cómo Chomsky se ha opuesto, insistente y tempranamente, a la psicología conductista en su forma más extrema al menos, es decir, a ese "conductismo radical" a tenor del que todo conocimiento y toda creencia del hombre pueden ser explicados al igual que las "estructuras" de su pensamiento y acción, como "hábitos" formados en virtud de un proceso de "condicionamiento", más extenso y complejo en sus detalles, sin duda, pero no cualitativamente diferente del proceso por el que las ratas "aprenden" en un laboratorio psicológico a conseguir la comida presionando una varilla en la jaula en la que viven. El ataque de Chomsky al conductismo radical tomó cuerpo por vez primera en 1959, en una larga y bien documentada reseña de la obra *Verbal Behavior* de B. F. Skinner. En esta reseña venía Chomsky a afirmar que el despliegue de terminología científica y estadística hecho por los conductistas no podía ser considerado sino como un recurso más o menos útil de cara a disimular su imposibilidad de dar cuenta de que el lenguaje no es, por una parte, un simple conjunto de "hábitos" y es, por otra, radi-

calmente distinto de cualquier otro tipo de comunicación animal. En sus más recientes escritos políticos formula idéntica acusación contra los sociólogos, psicólogos y demás especialistas en ciencias sociales cuyo "experto" asesoramiento solicitan los gobiernos: en opinión de Chomsky, éstos "intentan desesperadamente... imitar las características superficiales de ciencias que en realidad tienen un contenido intelectual significativo", descuidando, en este empeño, los problemas fundamentales a que deberían haber prestado atención y buscando refugio en trivialidades metodológicas y pragmáticas. Para Chomsky, los seres humanos son diferentes de los animales y de las máquinas y esta diferencia debería respetarse tanto en la ciencia como en el gobierno. En definitiva, esta convicción es la que viene a fundamentar y unificar sus teorías política, lingüística y filosófica.

El mensaje de Chomsky es ya bastante familiar, y hallará una respuesta general, inmediata en cuantos creen en la fraternidad del hombre y en la dignidad de la vida humana. Con excesiva frecuencia, sin embargo, se abandona la defensa de estos valores tradicionales a eruditos cuya formación académica les dificulta para dar curso a una argumentación capaz de atraer al "pragmático" endurecido. Nada más injusto que obviar esta dimensión de Chomsky calificándolo de "liberal de ideas confusas". Su formación filosófico-científica es tan vasta como la de sus oponentes, y puede manejar el aparato conceptual y matemático de las ciencias sociales con su misma facilidad. Se pueden aceptar o rechazar sus argumentos; lo inaceptable es ignorarlos. Y quien quiera seguir y evaluar estos argumentos ha de procurar aproximarse a Chomsky en su propio terreno: la lingüística, o la investigación científica del lenguaje. Porque en definitiva, la argumentación de Chomsky parte (como ya he dicho anteriormente) de la idea de que la estructura del len-

lenguaje viene determinada por la estructura de la mente humana, con lo que la universalidad de ciertas propiedades características del lenguaje viene a probar que al menos esta parte de la naturaleza humana es común a todos los miembros de la especie, independientemente de su raza, clase social y diferencias intelectuales, de personalidad o de atributos físicos. Esta creencia es bastante tradicional (y, como veremos, el mismo Chomsky relaciona expresamente sus opiniones con las de los filósofos racionalistas de los siglos xvii y xviii). La novedad radica en cómo Chomsky defiende su causa y el tipo de pruebas que alega a su favor.

No deja de resultar coherente —e ilustrativo a su tiempo respecto de su posición e influencia— que Chomsky lleve a cabo sus investigaciones acerca de la estructura del lenguaje y las características de la mente humana en ese reducto de la ciencia moderna que es el Instituto de Tecnología de Massachusetts.

Cabría pensar, en efecto, que las opiniones que emite al hacer balance de sus investigaciones estarían más en su sitio en cualquier facultad humanista de una universidad tradicional: pero la contradicción es sólo aparente. Y lo es en la precisa medida en que su obra evidencia la posibilidad y la necesidad de abolir la convencional frontera trazada entre las "letras" y las "ciencias".

II. LA LINGÜÍSTICA MODERNA: DIRECTRICES Y TENDENCIAS

Para muchos lectores de este libro —posiblemente incluso para la mayoría— la lingüística será un tema completamente nuevo. Empezaré, en consecuencia con una explicación muy general de lo que es la lingüística. Sobre esta base procederé, en el capítulo siguiente, a considerar aquellos aspectos concretos de la materia a los que ha correspondido una mayor importancia en la formación del pensamiento chomskiano.

La lingüística se define generalmente como la ciencia del lenguaje. El término "ciencia" tiene aquí una singular relevancia y en nuestra discusión de la obra de Chomsky habremos de ocuparnos a menudo de las implicaciones del mismo. De momento, sin embargo, bastará con decir que una descripción científica es la realizada sistemáticamente sobre la base de observaciones verificables de manera intersubjetivamente válida en el marco estructural de una teoría general adecuada a los datos. Se dice a menudo que la lingüística propiamente dicha es relativamente reciente y que las investigaciones acerca del fenómeno lingüístico tal y como se realizaban en Europa y América con anterioridad al siglo xix eran subjetivas, especulativas y asistemáticas. No vamos a discutir ahora si tan demoledora crítica está o no justificada. Lo que

realmente importa subrayar aquí es que la lingüística, tal y como actualmente nos la representamos, se desarrolló en oposición consciente al tratamiento del lenguaje característico de los siglos anteriores (de cuño indiscutiblemente más tradicional). Como veremos, esta deliberada ruptura con el pasado fue más intensa —y más definitiva en sus consecuencias— en América que en Europa. Nadie se opuso a la gramática tradicional con la fuerza con que lo hicieron los lingüistas de observancia "bloomfieldiana", indiscutiblemente dominantes en los Estados Unidos a raíz de la Segunda Guerra Mundial. En esta escuela se formó Chomsky y contra ella vino, en su momento, a reaccionar.

No vamos a pasar revista aquí a todos y cada uno de los rasgos por los que la lingüística moderna se distingue de la gramática tradicional; nos limitaremos a los más relevantes para el tema de este libro. La primera, considerada a menudo como consecuencia directa del *status* científico de la lingüística, es su autonomía, o independencia respecto de otras disciplinas. La gramática tradicional —cuya raíz debe cifrarse, al igual que la de muchos otros componentes de la cultura occidental, en la Grecia del siglo v a. C.— ha guardado una íntima relación desde sus primeros pasos, tanto con la filosofía como con la crítica literaria. En unas ocasiones la influencia predominante ha sido la literaria, en otras la filosófica, pero ambas han dejado sentir siempre su presencia en ella de algún modo y han modelado conjuntamente las posiciones y presupuestos desde los que los estudiosos han ido abordando el estudio del lenguaje. Conviene no olvidar, por otra parte, que estas posiciones y presupuestos están tan extendidos y arraigados en nuestra cultura, que no sólo el estudioso formado en la gramática tradicional, sino también el hombre de la calle, tienden a aceptarlos sin reparo. Cuando el lingüista reclama "autonomía" para su disciplina, pide que se

le permita enfrentarse original y objetivamente con el lenguaje, esto es, de espaldas a cualquier compromiso previo con las ideas tradicionales y sin que deba adoptar el mismo punto de vista que los filósofos, los psicólogos, los críticos literarios o los representantes de otras disciplinas. Lo cual no equivale, por supuesto, a negar la existencia —incluso necesaria— de una conexión entre la lingüística y las demás disciplinas relacionadas con el lenguaje. Como veremos en los capítulos finales de este libro, se da una considerable convergencia de intereses entre los lingüistas, psicólogos y filósofos. Pero el acercamiento actual es, en cierto modo, resultado del desarrollo de la lingüística "autónoma"; a ella (y muy particularmente a la obra de Chomsky) se debe la alianza de las tres disciplinas.

Ya hemos aludido a la orientación literaria de la gramática tradicional. Debida al interés, prácticamente central, de los primeros gramáticos occidentales por la conservación e interpretación de los clásicos griegos, esta orientación se manifestó de varias maneras. Los estudiosos tendían a fijarse en el lenguaje escrito y a ignorar la distinción entre la lengua hablada y la lengua escrita. Aunque no totalmente descuidada por los gramáticos tradicionales, la lengua hablada fue considerada, con excesiva frecuencia, como una copia imperfecta de la lengua escrita. Ocurre, sin embargo, que la mayor parte de los lingüistas consideran axiomático que la lengua hablada es primordial y que la lengua escrita es secundaria y derivada de aquella: en otras palabras, que el sonido (y más particularmente la serie de sonidos que los llamados "órganos del habla" pueden producir) es el medio en el que el lenguaje se ha "corporeizado" y que la lengua escrita resulta de la transferencia del habla a un medio visual, que es secundario. Cada lengua existe primero como lengua hablada, y hay miles de lenguas que jamás, o sólo recientemente, han sido trasladadas a la escritura.

Además, los niños adquieren un dominio de la lengua hablada previo a su aprendizaje de la lectura y de la escritura, y lo hacen de manera espontánea y sin mayor preparación, en tanto que leer o escribir constituyen habilidades especiales para las que se procura al niño una formación especial basada en el conocimiento previo de la correspondiente lengua hablada. A pesar de que no mencionaremos la fonética y de que los ejemplos serán citados en su forma escrita normal, hemos de tener presente que nuestro interés se orienta preferentemente en torno a la lengua hablada.

Pero no hay que exagerar: la adhesión al principio de la primacía de la lengua hablada sobre la escrita no implica falta de interés —ni mucho menos desprecio— por las lenguas escritas. No hay que asumir necesariamente (aunque es preciso admitir que algunos lingüistas han dejado de subrayarlo) que la lengua escrita sea totalmente derivada. Las condiciones en que ésta se emplea son diferentes de las que acompañan el uso de la lengua hablada: dado que no hay una confrontación directa entre el que lee y el que escribe, la información normalmente transmitida por los gestos, por las expresiones faciales que acompañan al habla y por una serie de características que podemos rotular con el término impresionista de "timbre de voz", habrá de ser transmitida en la escritura, si es que efectivamente tiene que serlo, con ayuda de otros medios. Las convenciones de la puntuación y el uso de las palabras en itálicas para subrayarlas no pueden representar todas las variaciones significativas del tono y el acento presentes en los enunciados orales. Por tanto el lenguaje escrito siempre tendrá un cierto grado de independencia. En muchos casos, como sucede con el inglés, la diferencia entre las formas habladas y escritas de una "misma" lengua se ha incrementado por el conservadurismo de las convenciones ortográficas, establecidas hace varios siglos y cuya

vigencia aún se mantiene en la actualidad a pesar de los cambios acaecidos en la pronunciación de la lengua en diferentes partes del mundo.

Y esto no es todo. Se dice a menudo que ninguno de los "órganos del habla" tiene como función principal o primaria la que juega en la producción del habla (por ejemplo, que los pulmones se usan en la respiración, los dientes en la masticación, etc.). Se añade también que los "órganos del habla" no constituyen un sistema fisiológico en el sentido normalmente aceptado del término. No hay que olvidar, sin embargo, que la facultad del habla es una característica de los seres humanos tan natural e importante como puede serlo el andar con dos pies o incluso el comer. Sea cual fuere el origen de ello —en alguna remota etapa de la evolución y desarrollo del hombre— no deja de ser un hecho notable que todos los seres humanos utilicen un "aparato" fisiológico parecido para hablar. Cuando menos puede concebirse que estén "programados" para hacerlo. En el último capítulo se verá la importancia de este extremo para las ideas de Chomsky.

Los gramáticos tradicionales se ocupaban más o menos exclusivamente del lenguaje literario *standard*, tendiendo a descuidar o incluso a condenar como "incorrecto" el uso más informal o coloquial del mismo tanto en el habla como en la escritura. Tampoco percibieron siempre que desde un punto de vista histórico la lengua modélica es sólo un dialecto regional o social que ha adquirido prestigio y que se ha convertido en instrumento de la administración, de la educación y la literatura. Puede que por su uso más extendido, porque afecta a un mayor número de personas o a una más amplia gama de actividades, etc., la lengua modelo tenga un vocabulario más rico que cualquiera de los "deficientes" dialectos coexistentes, aunque no por esto es intrínsecamente más correcta.

La distinción entre "idioma" y "dialecto" obedece generalmente a motivos políticos. Hay menos diferencia entre el sueco, el danés y el noruego, por ejemplo —considerados generalmente como idiomas o lenguajes diferentes— que la existente entre los llamados "dialectos" de China. Conviene subrayar que los dialectos sociales o regionales de un idioma, pongamos el inglés, no son menos sistemáticos que la lengua modelo y no debieran en consecuencia, describirse como imperfectas aproximaciones del mismo. El hecho de que mucha gente se incline a creer que sólo la lengua modelo enseñada en la escuela puede ser descrita sistemáticamente, nos obliga a insistir en este punto. Desde un ángulo estrictamente lingüístico, todos los dialectos del inglés resultan acreedores de idéntica atención.

La gramática tradicional se desarrolló sobre la base del griego y el latín aplicándose después, con exiguas modificaciones y a menudo indiscriminadamente, a la descripción de muchas otras lenguas. No es, sin embargo, exiguo el número de lenguas que, en algunos aspectos al menos, se diferencian notablemente —en cuanto a su estructura— del latín, del griego y de las lenguas europeas y asiáticas más conocidas. Uno de los principales objetivos de la lingüística moderna ha sido en consecuencia la construcción de una teoría gramatical más amplia que la teoría tradicional, una teoría llamada a hacer posible la descripción de todas las lenguas humanas; una teoría no exclusivamente orientada, en suma, hacia lenguas de estructura gramatical similar a la del griego o del latín.

Acaso convenga mencionar aquí que la lingüística no procura argumentos a quienes sostienen que existe una diferencia básica entre las lenguas civilizadas y las primitivas. Se da por sabido, desde luego, que el vocabulario de una lengua refleja los problemas e intereses de la sociedad que lo usa. En cualquiera de

las principales lenguas del mundo —sea el inglés, el francés o el ruso— encontramos buen número de términos relacionados con la ciencia y la tecnología moderna, para los que no cabe buscar equivalentes en la lengua de un pueblo "subdesarrollado". Y viceversa; serán muchas las palabras vivas en alguna de las lenguas habladas por tal o cual remota y atrasada tribu de Nueva Guinea o Sudamérica que no podrán traducirse satisfactoriamente al inglés, al francés o al ruso —dado que se tratará de palabras referidas a objetos, a la flora, a la fauna o a costumbres desconocidas en la cultura occidental— La cuestión de la riqueza o pobreza de vocabulario de los diversos lenguajes no puede plantearse mediante comparaciones en términos absolutos, dado que cada lengua posee un vocabulario lo suficiente rico como para expresar cuantas distinciones y matices importan a los miembros de la sociedad que ha de hablarla. No podemos, pues, afirmar que un lenguaje es más "primitivo" o "avanzado" que otro. En cuanto a la estructura gramatical de las lenguas, la cosa está más clara. Entre tal o cual lengua "primitiva" y tal o cual lengua "civilizada" se dan, sin duda, diferencias, pero no superiores, por término medio, a las existentes entre un par de lenguas "primitivas" y otro par de lenguas "civilizadas" escogidas al azar. ¡Las llamadas lenguas "primitivas" no son menos sistemáticas que las habladas por los pueblos más "civilizados", ni su estructura es más simple o más compleja que la de éstas! Conviene no olvidarlo. Todas las sociedades humanas de las que tenemos conocimiento usan lenguas de complejidad similar y las diferencias de estructura gramatical que hallamos entre las lenguas habladas en el mundo son de tal naturaleza que no cabe relacionarlas con el desarrollo cultural de la gente que las usa, ni, mucho menos, utilizarlas como prueba válida para la construcción de una teoría evolutiva del lenguaje hu-

mano. Que la especie humana sea la única en utilizar el lenguaje y, sobre todo, que ninguna lengua parezca más primitiva que otra o más cercana a los sistemas de comunicación animal, son extremos a los que Chomsky confiere especial relevancia en sus obras más recientes.

Entonces, ¿cuáles son las características distintas de las lenguas humanas que las diferencian de los sistemas de comunicación utilizados por otras especies? Después nos ocuparemos de esta cuestión con mayor detalle. Pero ya podemos dejar constancia de dos sorprendentes propiedades del lenguaje humano. La primera es la dualidad de estructura. En todas las lenguas investigadas hasta el momento (y cabe, por tanto, suponer que también en cuantas vayan resultando acreedoras de la atención de los lingüistas) se dan dos niveles de estructura gramatical. Tenemos, en primer lugar, el nivel "primario" o sintáctico del análisis, como podemos llamarlo, en el que las frases pueden representarse como combinaciones de unidades significativas a las que daremos el rótulo de palabra (pasando por alto el que no todas las unidades sintácticas mínimas de la totalidad de lenguas son palabras en el sentido usual del término). Nos encontramos, en segundo, con un nivel "secundario" o fonológico, en el que las frases pueden representarse como comunicaciones de unidades sin sentido aptas para la identificación de las unidades "primarias". Las unidades "secundarias" son los sonidos o fonemas (usando un término más técnico). Si analizamos a título de ejemplo, la frase *He went to London* (Él fue a Londres)¹ (asumiendo, en orden a la explicación, que cada frase representa un fonema), podemos decir que la frase está compuesta de cuatro palabras, que la primera unidad "primaria" se identifica por la combinación de las unidades secundarias *h* y *e* (en este orden), que la segunda lo es por la combinación de *w*, *e*, *n* y *t*, y

así sucesivamente. Debemos señalar que, tal y como aquí se describe, el principio de la dualidad de estructura no es ninguna novedad. Ya era conocido en la gramática tradicional. Pero hemos de insistir en un punto. A pesar de que he dicho que las unidades "primarias", a diferencia de las "secundarias", comportan significado (y esto suele ser verdad, por lo menos generalmente), no hay que cifrar en ello la característica definitoria de las palabras. Como veremos, es posible analizar la lengua a nivel sintáctico sin hacer la menor referencia al hecho de que los enunciados situados en el mismo tengan o no significado (por ejemplo, *to* en *I want to go home*) (Quiero ir a casa). Conviene, en consecuencia, tener buen cuidado en no describir la dualidad de estructura, que aquí nos ocupa, como una asociación de sonido y significado.

Una vez sentado que toda lengua manifiesta la propiedad de la dualidad de estructura, podemos asumir que la descripción o gramática de toda lengua consta de tres partes. La parte que da cuenta de las regularidades que rigen la combinación de palabras es la sintaxis. Por medio de las reglas sintácticas designamos, por ejemplo, que *He went to London* es una frase gramatical, a diferencia de **Went to he London*. (El asterisco que precede a *Went to he London* indica que esta sucesión de palabras no es gramatical. En lo sucesivo nos atendremos a esta convención.) La parte de la gramática que describe el significado de las palabras y las frases es la semántica. Y la parte que trata de los sonidos y sus posibles combinaciones (por ejemplo el que *went* sea una posible palabra inglesa y **twene* no lo sea) es la fonología.

Llegados a este punto, debemos advertir al lector que hay cierta confusión e inconsistencia terminológica en la lingüística. En el párrafo anterior he introducido el término "gramática" para referirme a la totalidad de la descripción sistemática del lenguaje,

incluyendo la fonología, la semántica, y la sintaxis. En sus escritos más recientes Chomsky utiliza dicho término en este sentido; en cuanto a mí, salvo en algunas secciones de la obra, sigo puntualmente el uso chomskyano del mismo. En los casos en que mi uso del término en cuestión sea, de algún modo, más restringido, se lo haré, como es obvio, constar así al lector. Algunos lingüistas dan el nombre de "gramática" a lo que nosotros llamamos "sintaxis" y restringen paralelamente el sentido de "sintaxis" (contraponiéndolo a "morfología"). Aunque la selección de la terminología no es gratuita, no vamos a tratar su fundamentación en esta breve y, por fuerza, algo superficial exposición de las directrices y tendencias de la lingüística moderna. En este libro nos ocuparemos principalmente de la teoría de la sintaxis, la parte más técnica de la lingüística y, al mismo tiempo, aquella a la que mayor ha sido la contribución de Chomsky.

(2) La segunda propiedad general a mencionar aquí es la creatividad (o "finitud abierta"),² es decir: la capacidad que tienen todos los hablantes natos de la lengua para producir y entender una cantidad indefinidamente grande de oraciones que nunca han oído con anterioridad y que, posiblemente, tampoco han sido pronunciadas jamás. Debemos señalar que el dominio de la lengua por parte del hablante nativo se da, en circunstancias normales, de manera inconsciente y no meditada. Por lo general no es consciente de estar aplicando las reglas gramaticales o los principios generales de formación cuando construye nuevas oraciones u otras que ya conocía. Y, en virtud de todo ello, las oraciones que pronuncia vienen a ser normalmente aceptadas como correctas por otros hablantes nativos de la lengua que las comprenden. Más adelante veremos que hay que contar, de todos modos, con cierto margen de error —como damos a entender con el "por lo general" de la oración anterior— pero el prin-

cipio que aquí discutimos no viene a ser afectado por él. Por lo que sabemos, el dominio del lenguaje es exclusivo de los seres humanos: es específico de la especie. Los sistemas de comunicación empleados por las otras especies no tienen igual creatividad. La mayoría de ellos son cerrados; es decir: sólo admiten la transmisión de un conjunto finito y relativamente pequeño de "mensajes", de "significado" fijo (similares, pues, a los mensajes que pueden transmitirse por el código telegráfico internacional, determinados de antemano), sin que a los animales les sea posible cambiarlos ni, por supuesto, construir "oraciones" nuevas. Es cierto que en algunas formas de comunicación animal (por ejemplo: el "código" de señales del que se sirven las abejas para indicar la dirección y la distancia de un depósito de miel) viene implícita la posibilidad de construir nuevas "oraciones" cambiando sistemáticamente la "señal". Pero en todo momento hay una correlación simple entre las dos variables: la "señal" y el "significado". Así, por ejemplo, como hizo saber K. von Frisch en su famosa obra sobre el tema, las abejas indican la distancia del yacimiento de miel a la colmena mediante la intensidad de los movimientos de su cuerpo y este parámetro de "intensidad" está sometido a una variación infinita (y continua). Esta clase de variación continua se da también en el lenguaje humano: puede variarse por ejemplo, la "intensidad" con que se pronuncia la palabra *very* en una frase como *He was very rich* (Era muy rico). Pero cuando hablamos de la creatividad del lenguaje humano, no nos referimos a esta característica. Apuntamos más bien a la posibilidad de construir nuevas combinaciones de unidades discretas que a la mera variación continua de uno de los parámetros del sistema de señales correspondiente a la variación, paralelamente continua, en el "significado" de las "señales". Como veremos a su debido tiempo, Chomsky

que difícilmente hubiera podido introducir en la lingüística las innovaciones técnicas que ha introducido de no haber sido preparado el terreno por investigadores como Harris.

IV. LOS OBJETIVOS DE LA TEORÍA LINGÜÍSTICA

Antes de entrar en las contribuciones más técnicas de Chomsky a la lingüística, acaso convenga pasar revista a los momentos y principios metodológicos subyacentes a su trabajo. En el presente capítulo nos ceñiremos básicamente a la exposición del problema ofrecida por el propio Chomsky en *Syntactic Structures*, la obra tan breve como revolucionaria que publicó en 1957.² Como veremos a su debido tiempo, el punto de vista chomskyano acerca de la naturaleza y límites de la lingüística es más amplio en ésta que en sus últimas obras. El capítulo 6 de *Syntactic Structures* lleva el título de "Los objetivos de la teoría lingüística"; como puede verse, me he servido de él para dar rótulo al presente capítulo.

Ya sabemos que las opiniones generales acerca de la teoría lingüística, tal y como vienen presentadas en *Syntactic Structures*, coinciden en muchos aspectos con las sostenidas por otros miembros de la escuela bloomfieldiana y especialmente por Zellig Harris. Conviene tener presente, ante todo, que en este período no hay rastro del "racionalismo" tan característico de los escritos más recientes de Chomsky. Su explícito reconocimiento de la influencia de filósofos "empiristas" como Goodman y Quine podría sugerir que compartía sus puntos de vista; lo cierto es, sin embargo, que en *Syntactic Structures* no figura discusión

general alguna acerca de las implicaciones filosóficas y psicológicas de la gramática.

De todos modos, en la obra primitiva de Chomsky encontramos uno o dos puntos que la diferencian ya de Harris y de otros bloomfieldianos. En el capítulo II llamé la atención sobre el énfasis puesto por Chomsky en la creatividad (o "similitud abierta") del lenguaje humano, así como sobre su tesis de que la teoría gramatical debe reflejar la capacidad que poseen todos los hablantes que dominan un lenguaje para producir y comprender oraciones que jamás han oído anteriormente. Chomsky se dio cuenta enseguida de que algunos investigadores anteriores —como, por ejemplo, Wilhelm von Humboldt y Ferdinand de Saussure (1857-1913)— habían insistido también en la importancia de esta propiedad creadora. En realidad, se había dado por supuesta desde los comienzos mismos de la lingüística occidental en el mundo antiguo, llegando en ocasiones a ser incluso explícitamente reconocida. Pero fue descuidada, y en cierto modo negada, en la formulación de las directrices de la teoría lingüística. Lo cual puede muy bien haberse debido al hecho de que los bloomfieldianos, al igual que muchas otras escuelas lingüísticas del siglo xx, eran muy conscientes de la necesidad de distinguir claramente entre la gramática *descriptiva* y la *prescriptiva* (o *normativa*): entre la descripción de las reglas que siguen realmente los hablantes nativos y la prescripción de las reglas que deberían seguir, según los gramáticos, para hablar "correctamente". Tenemos muchos ejemplos de reglas prescriptivas establecidas por los gramáticos carentes de arraigo en el uso normal del inglés por sus hablantes nativos (Es lo que ocurre, por ejemplo, con la regla que prescribe la superior "corrección" del *It is I* sobre el usual *It's me*).¹ Llevados de su preocupación por tipificar el *status* de la lingüística como ciencia descriptiva, los bloomfieldianos (y

otras "escuelas") asumieron como principio de su trabajo el no aventurar hipótesis sobre la gramaticalidad o "corrección" de las oraciones, a menos que éstas hubieran sido comprobadas en el uso de los hablantes nativos y vieran, por tanto, incluidas en el *corpus* material sobre el que opera la descripción gramatical.

Chomsky subrayaba, en cambio, que en cualquier *corpus* representativo de enunciados registrados la mayor parte de las oraciones serían "nuevas", en el sentido de que ocurrirían una, y sólo una vez y que esto seguiría siendo verdadero por muy lejos que se fuera en el registro de los enunciados realmente emitidos por los hablantes nativos. El inglés, como todas las lenguas naturales, consiste en un número infinitamente grande de oraciones de las que sólo una pequeña parte ha sido o será enunciada alguna vez. La descripción gramatical del inglés puede basarse, sin duda, en un *corpus* de oraciones realmente enunciadas; pero no las describirá y clasificará como "gramaticales" sino sólo incidentalmente por así decirlo, "proyectándolas" en ese conjunto infinitamente grande de oraciones con el que viene a identificarse el lenguaje. Empleando la terminología de Chomsky podemos decir que la gramática *genera* (y en consecuencia, define como "gramaticales") todas las oraciones del lenguaje y no distingue las que han sido comprobadas de las que no.

En sus escritos recientes Chomsky repite la distinción establecida en *Syntactic Structures* entre las oraciones generadas por la gramática (el *lenguaje*) y lo que no es sino una muestra de los enunciados emitidos —en condiciones normales de uso— por los hablantes nativos (el *corpus*), sirviéndose de las nociones de competencia (*competence*) y actuación (*performance*). Este cambio terminológico es sintomático respecto de la evolución del pensamiento chomskyano del *empirismo* al *racionalismo*, racionalismo al que ya nos hemos referido y que aún habremos de discutir con

mayor detenimiento. En sus últimas obras, aunque no en *Syntactic Structures*, subraya que muchos de los enunciados emitidos o producidos por los hablantes nativos (muestras de su "actuación") serán, por diversas razones, agramaticales. Razones relativas a factores lingüísticamente irrelevantes —como fallos de memoria o de atención, por ejemplo— y a disfunciones de los mecanismos psicológicos que subyacen al habla. Una vez sentado esto no cabe sino inferir que la lingüística no puede tomar en su valor nominal —como parte de la lengua a generar por la gramática— el *corpus* de enunciados comprobados. Ha de "idealizar", en cierta medida, los "datos en bruto" y eliminar del *corpus* todos los enunciados que el hablante nativo reconocería, en virtud de su "competencia", como agramaticales. A primera vista puede parecer que al igual que la gramática tradicional Chomsky confunde descripción y prescripción. Pero no es así. La tesis de que los enunciados de un hablante nativo de una lengua son todos igualmente correctos, se revela, en último término, como insostenible, por mucho que haya sido sostenida por lingüistas de propensión empirista. Cuando reclama para la lingüística el derecho a desatender algunos "datos en bruto" normalmente reconocido a otras ciencias, Chomsky está, sin duda, justificado. Por supuesto que decidir cuáles son los factores exógenos o lingüísticamente irrelevantes, es empresa que entraña graves problemas, tanto teóricos como prácticos y puede muy bien ocurrir que en la práctica la "idealización" de los datos propuesta por Chomsky tienda a introducir algunas consideraciones normativas del tipo de las que tanto perjudicaron a la gramática tradicional. Pero ello no afecta al principio general.

Otra diferencia similar a ésta entre los primerizos y ulteriores puntos de vista sustentados por Chomsky acerca de los "objetivos de la lingüística" es la relativa al papel que asigna a las intuiciones —o juicios—

de los hablantes nativos. En *Syntactic Structures* afirma que las oraciones generadas por la gramática deben ser "aceptables para el hablante nativo" (pp. 49-50), considerando como un punto a favor de la gramática que desarrolla el que también sea capaz de dar cuenta de esas "intuiciones" del hablante nativo que le permiten reconocer ciertas oraciones como equivalentes o ambiguas. Pero las intuiciones del hablante nativo se presentan a la manera de una evidencia independiente, y a su explicación se le asigna una importancia muy reducida en comparación con la tarea —reconocida como principal— de generar las oraciones de la lengua. En su última obra Chomsky incluye las intuiciones de los hablantes de la lengua en el conjunto de los datos que la gramática ha de tener en cuenta. Por otra parte, así como antes parecía centrarse en la necesidad de verificarlas mediante técnicas "operacionales" satisfactorias, ahora revela mayor confianza en su fiabilidad y validez.

Como vimos en su momento, en el período bloomfieldiano la orientación de la lingüística americana era eminentemente "metodológica", de tal modo que las cuestiones de teoría venían a ser reformuladas como cuestiones de método ("cómo debería emprenderse la tarea práctica de analizar una lengua?"); y se asumía como real la posibilidad de desarrollar un conjunto de procedimientos tales que al ser aplicados a un *corpus* material correspondiente a una lengua desconocida (o de alguna lengua tratada como tal por el lingüista), permitiera el análisis gramatical correcto de la lengua de la que el *corpus* en cuestión venía a ser una muestra representativa. En *Syntactic Structures* Chomsky venía, por el contrario, a argüir que esta suposición era innecesaria y verdaderamente permisiva: "una teoría lingüística no debe ser confundida con un manual de métodos útiles, ni hay que esperar de ella que proporcione procedimientos mecánicos para

El descubrimiento de gramáticas" (p. 55, nota 6). Entre los medios que en la práctica llevan a un lingüista a un análisis y no a otro pueden figurar "la intuición, la conjetura, toda clase de indicaciones metodológicas parciales, la dependencia de la experiencia anterior, etc." (p. 56). Lo que cuenta es el resultado; y éste puede ser presentado y justificado haciendo abstracción de los procedimientos que se han seguido para alcanzarlo. Lo que no equivale, por supuesto, a menospreciar el empeño de desarrollar técnicas heurísticas para la descripción de lenguas; la cosa es mucho más sencilla: *the proof of the pudding is in the eating*.² Con el análisis gramatical debería ocurrir lo mismo que con un teorema matemático, cuya prueba puede controlarse sin parar mientes en cómo el individuo que la ha construido ha llegado a dar, por ejemplo, con las proposiciones intermedias relevantes. Nada más obvio que esto, dice Chomsky, en las ciencias físicas. Y la lingüística no tiene por qué apuntar más alto que ellas, sobre todo teniendo en cuenta que ningún lingüista ha llegado aún a formular *procedimientos de descubrimiento* satisfactorios.

La teoría lingüística debe ocuparse, pues, de la justificación de las gramáticas. Chomsky entra acto seguido a considerar la posibilidad de formular criterios para decidir si una gramática particular es, de todas las posibles, la óptima para explicar los datos. Acaba por afirmar que incluso este objetivo —la formulación de un *proceso de decisión*— es demasiado ambicioso. Lo máximo que cabe esperar es que la lingüística procure criterios (un *procedimiento de evaluación*) para elegir entre gramáticas alternativas. Dicho de otra manera: que no podemos aspirar a saber si una descripción particular de los datos es correcta en sentido absoluto, sino sólo si es más o menos correcta que otra descripción alternativa de los mismos datos.

La distinción chomskyana entre procesos de decisión y de evaluación ha dado lugar a muchos malentendidos y a no pocas controversias inútiles. Pasando a otra disciplina: ningún físico diría que la teoría de la relatividad de Einstein, por ejemplo, ofrece la mejor explicación posible de los datos que abarca, sino sólo que es mejor que la teoría alternativa, basada en la física newtoniana, que vino a sustituir. ¿Por qué la lingüística —hay que preguntar nuevamente— tiene que apuntar más alto que las restantes ciencias? Se ha dicho que la formulación chomskyana de los objetivos de la teoría lingüística en términos de comparación entre gramáticas alternativas olvida no sólo que para muchas lenguas no poseemos ni siquiera una gramática parcial, sino también que no hay ninguna de la que poseamos una gramática prácticamente completa. Esto es cierto. Pero de ello no se sigue que sea prematuro, en estas circunstancias, hablar de la comparación de gramáticas. La construcción de un conjunto de reglas gramaticales obliga al lingüista a decidir qué tratamiento de los datos resulta en tal o cual sentido preferible a otros. Aún cuando las reglas no describan sino una pequeña parte de los datos, un enjuiciamiento comparativo u otro de las alternativas ha de haber. En opinión de Chomsky, incumbe a la teoría lingüística explicitar las alternativas y formular principios generales para decidir entre las mismas.

Conviene señalar asimismo que si bien lo que Chomsky propone —es decir, la renuncia de la lingüística a la búsqueda bloomfieldiana de "procesos de descubrimiento"— equivale, en cierto modo, a asignarle a ésta un objetivo más modesto, sus proposiciones teóricas son incomparablemente más ambiciosas, por otra parte, que las de sus predecesores. Años antes de la publicación de *Syntactic Structures*, en su poco conocido artículo *Systems of syntactic analysis* Chomsky había intentado formular con precisión ma-

temática algunos de los procesos de análisis esbozados en *Methods in Structural Linguistics*. Esta experiencia y su examen de otras "meditadas propuestas para el desarrollo de la teoría lingüística", le convencieron de que por mucho que las obras en cuestión se ocuparan aparentemente de los procedimientos de descubrimiento y su posible dilucidación, en realidad no ofrecían sino "procedimientos para la evaluación de gramáticas" (*Syntactic Structures*, p. 52). La contribución más original y posiblemente más sólida de Chomsky a la lingüística debe, sin duda, cifrarse en el rigor y la precisión matemáticos con que ha formalizado las propiedades de sistemas alternativos de descripción gramatical.

En los capítulos siguientes se considerará este tema con mayor precisión. Aquí vamos a ocuparnos únicamente de uno o dos puntos generales.

Muy al principio de *Syntactic Structures* Chomsky habla de una gramática como de "una especie de ingenio (o mecanismo) para producir oraciones de la lengua que se analiza". El uso por parte de Chomsky de palabras como "ingenio" (o "mecanismo") y "producir" en este contexto ha hecho pensar equivocadamente a muchos lectores que concibe la gramática de una lengua como un modelo electrónico o mecánico que reproduce el comportamiento del hablante de una lengua cuando éste enuncia una oración. Pero no hay que olvidar que Chomsky emplea estos términos tomándolos de la rama especial de la matemática en que se ha inspirado para su formalización de la gramática y en la que términos como "ingenio" o incluso "máquina" son usados de manera totalmente abstracta, es decir, sin referencia alguna a las propiedades físicas de un modelo real susceptible de hacer efectivo el "ingenio" abstracto. Este punto quedará más claro en el capítulo siguiente.

Menos afortunado es, en cambio, el uso chomskyano

no del término "producir" en el pasaje anteriormente citado. Sugiere casi inevitablemente que la estructura gramatical de la lengua es descrita más bien desde el punto de vista del hablante que del oyente, esto es, que la gramática describe la producción y no la recepción del habla. En un sentido, como veremos, el tipo de gramática desarrollado por Chomsky "produce" oraciones mediante la aplicación de una serie de reglas. Pero Chomsky no ha dejado nunca de prevenir contra la identificación de la "producción" de oraciones en la gramática con la producción de oraciones por el hablante de una lengua. La gramática pretende ser neutral respecto de la producción y la recepción, explicando una y otra en cierto grado, pero sin inclinar la balanza a favor de ninguna de las dos. Chomsky apenas habla de la gramática como "productora" de oraciones. El término que acostumbra a emplear es el de "generar" (*generate*), que ya hemos usado en otro punto de este capítulo. Pero ¿qué quiere decirse con el término "generar" en este contexto?

Hemos visto que una gramática generativa es la que "proyecta" un conjunto dado de oraciones en otro más amplio y posiblemente infinito que constituye la lengua que se describe, y ésta es la propiedad de la gramática que refleja el aspecto creador del lenguaje humano. Pero "generativo" tiene para Chomsky otro sentido, tanto o más importante que éste. Un sentido que permite glosar "generativo" como "explícito" y de acuerdo con el que viene a determinarse que las reglas de la gramática y las condiciones bajo las que funcionan han de ser especificadas exactamente. Podríamos ilustrar muy bien lo que quiere decirse con este último sentido de "generativo" mediante una simple analogía matemática (de hecho, el uso chomskyano del término "generar" es de inspiración matemática). Considérese la siguiente expresión algebraica o función: $2x + 3y = z$. Dado que cada una de las va-

riables x , y y z puede tomar un número entero como valor, la expresión generará (de acuerdo con las operaciones usuales de la aritmética) un conjunto infinito de valores resultantes. Así, por ejemplo, con $x = 3$, $y = 2$ y $z = 5$, el resultado será 7; con $x = 1$, $y = 3$ y $z = 21$, el resultado será -10 ; y así sucesivamente. Con lo que podemos decir que 7, -10 , etc., forman parte del conjunto de valores generados por la función de que se trata. Si un tercero aplica las reglas de la aritmética y obtiene un resultado diferente, diremos que se ha equivocado. No se nos ocurrirá decir que la aplicación de las reglas resulta problemática porque éstas no han sido bien especificadas. La concepción chomskyana de las reglas de la gramática es harto similar. Deben ser especificadas tan exactamente —formalizadas es el término técnico— como las reglas de la aritmética. Identificando las reglas de la gramática con la competencia lingüística del hablante nativo, como hace Chomsky en su última obra, percibiremos la ocurrencia de oraciones no gramaticales y la incapacidad ocasional de los oyentes para analizar con un alto grado de perfección las oraciones gramaticales de manera similar a como percibimos esas diferencias a que haya podido llegarse en la evaluación de una función matemática y que acostumbramos a explicar como debidas a errores de *actuación* —esto es, a errores cometidos en la aplicación de las reglas.

De acuerdo con Chomsky, la gramática de un lenguaje debería generar "todas" las oraciones de dicho lenguaje "y sólo" ellas. Piense el lector a quien éste "y sólo" (que no constituye sino una muestra relativamente trivial del tipo de precisión que fomenta la formalización) cause alguna perplejidad, que sólo estableciendo la gramática de una manera tal que resulte susceptible de generar todas las combinaciones de palabras inglesas (y ésta sería, desde luego, una gramática muy simple), vendría a asegurarse la posibili-

dad de generar todas las oraciones del lenguaje. Pero conviene tener en cuenta que no pocas de dichas combinaciones no serían oraciones. De ahí lo importante de la precisión introducida por el "y sólo".

Generar todas las oraciones del inglés o de cualquier otra lengua, y sólo ellas, puede parecer una ambición imposible. Por muy difícil —o incluso imposible— de realizar que resulte, constituye, de todos modos, una meta que el gramático de cualquier lengua debe sin duda proponerse. La superioridad de una gramática sobre otras —que en los demás aspectos coincidan con ella— podrá ser asimismo establecida a tenor de su mayor aproximación a este ideal. Ahora bien: no hay que olvidar —por muy paradójico que ello resulte— que la aceptación del ideal chomskyano de generar todas las oraciones de la lengua, y sólo ellas, no obliga a asumir el supuesto de que la distinción entre unas y otras secuencias de palabras (es decir, las gramaticales y las agramaticales) es asunto fijo y bien definido, de tal modo que resulte en todo momento posible decidir si una determinada secuencia puede ser generada o no por la gramática. Como Chomsky recuerda en *Syntactic Structures* la filosofía de la ciencia incluye entre sus tesis más comunes la de que toda teoría que en virtud de su formulación específica abarque los casos evidentes puede resultar útil para decidir acerca de los dudosos. Chomsky, para quien una gramática generativa es una teoría científica, aboga por la adopción de este enfoque en la lingüística.

Consideremos un ejemplo muy simple (que no es, por cierto, de Chomsky): son muchos los anglo-parlantes que rechazarían la supuesta oración *The house will have been being built* (La casa habrá estado siendo construida) y muchos también los que la aceptarían como completamente normal. En la medida en que no parece que los juicios de los hablantes nativos

varían sistemáticamente con los dialectos que hablan, acaso se imponga aceptar que en lo que concierne al inglés, globalmente considerado, el *status* de las oraciones del tipo de la anterior —o “supuestas” oraciones— no está determinado, a diferencia de lo que ocurre con las definitivamente aceptables *The house will have been built* (La casa habrá sido construida), *The house is being built* (La casa está siendo construida), *They will have been building the house* (Ellos habrán estado construyendo la casa), etc., y la definitivamente inaceptable *The house can will be built*, etc. Dado que no nos es posible saber de antemano si *The house will have been being built* es una oración gramatical o no, nos convendrá formular las reglas de la gramática de tal modo que queden incluidas las secuencias categóricamente aceptables y excluidas las categóricamente inaceptables. Una vez hecho esto comprobaremos si dichas reglas excluyen o incluyen oraciones del tipo de *The house will have been being built*. (De hecho, esta clase de oraciones son generadas y, en consecuencia, definidas como gramaticales por las reglas que para el inglés se dan en *Syntactic Structures*.)

En este capítulo hemos limitado nuestra atención básicamente a las opiniones juveniles de Chomsky sobre las directrices y la metodología de la lingüística. Se ha sugerido, como recordará el lector, que salvo por su énfasis en la importancia de la creatividad y su rechazo de los procesos de descubrimiento, en el momento de *Syntactic Structures* aún era muy “bloomfieldiano”. Y se ha hecho constar, por último, que la parte más importante y original de la obra temprana de Chomsky debe cifrarse en su formalización de varios sistemas de gramática generativa. Los restantes capítulos se ciñen a este tema y a la exposición de sus contribuciones más recientes en materia de psicología y filosofía del lenguaje.

V. GRAMÁTICA GENERATIVA: UN MODELO SIMPLE

Nuestra discusión de la parte más técnica de la obra de Chomsky será relativamente informal, de tal modo que su lectura no exigirá ni una formación especial, ni una habilidad específica de tipo matemático. Introduciremos, sin embargo, los términos y conceptos necesarios para que el lector obtenga una idea del tono básico de la gramática generativa y pueda apreciar su magnitud. Hay que hacer constar, de todos modos, que el propio tratamiento chomskyano de la gramática generativa en *Syntactic Structures* —y, por supuesto, en el grueso de sus publicaciones más accesibles— es también bastante informal. No conviene perder de vista, de todos modos, que descansa sobre investigaciones de gran alcance y naturaleza muy técnica llevadas a cabo por Chomsky en los años anteriores a la publicación de *Syntactic Structures*. En su mayor parte han quedado inéditas, aunque en una extensa monografía mimeografiada, *The logical structure of linguistic theory* puesta por Chomsky en 1955 a disposición de los estudiosos interesados y de las bibliotecas universitarias, se da cuenta de ellas.

En este capítulo nos ocuparemos de un sistema formal muy simple, el primero de los “tres modelos para la descripción del lenguaje” tratados por Chomsky en *Syntactic Structures* y en alguna otra parte, un